

29 de noviembre de 1934

UNA CACERIA



CORRESPONDENCIA



Percebito recibió el encargo de ir a echar al correo una carta, y como a Percebito le gustaba cumplir diligentemente los encargos que le encomendaban, echó a correr calle aba-



jo, pensando en las sorpresas que ocasionan a veces las cartas cuando se reciben: "Es que el recibir cartas siempre pone nervioso—monologaba Percebi-



to—. Yo recibí una vez una carta en que me anunciaban dar-me una paliza al día siguiente, y me puse nerviosísimo—pro-seguía el chico. Y al deposi-



tar la carta en el buzón tuvo que reconocer, como veréis, que no solamente se reciben sorpresas al llegar las cartas, sino también al echarlas.



Marchan los dos distraídos cumpliendo su obligación y el perrito, sin cumplidos, escarba con gran tesón.



Sobre la pieza se lanzan ambos con igual afán, y va el jamón en la danza a dar cerquita del can.

VERDADES Y MENTIRAS

EL PERRO Y EL ESCLAVO

Entre las historias de perros es célebre la que le ocurrió al famoso poeta griego Anacreonte, unos 500 años antes de Jesucristo.

Tenía Anacreonte—y se preciaba de ello ante los amigos—un perro de una fidelidad y de un instinto poco comunes. Tenía también un excelente esclavo, igualmente fiel; pero en cuanto a inteligencia, tenía que ceder la primacía, indudablemente, al perro.

Pues, sucedió que, en cierta



ocasión, el poeta tuvo que ponerse en camino a no sé dónde, llevando consigo una importante cantidad de dinero. Marchaba el primero el poeta; detrás venía el esclavo con la preciosa carga, y en último lugar seguía el perro.

Y he aquí que, en determinado punto del camino, tuvo que detenerse el siervo unos instantes. Anacreonte, meditabundo, no lo advirtió siquiera y continuó andando sin preocuparse de nada. Pero, ¡ay!..., que bien preocupado quedó al final de la jornada, al darse cuenta de que el esclavo no llevaba consigo el saquito del dinero. ¡Viaje inútil y costoso había resultado aquel!

Y como si tal pérdida no fuese bastante, resultó que también el perro había desaparecido.

Resignadamente decidió Anacreonte regresar a su casa para proveerse de nuevo dinero. Y se puso a desandar el camino, no de muy buen humor. El esclavo le seguía... con las orejas gachas. Cuando de pronto, al acercarse al mismo lugar en el que se había detenido el esclavo, comenzaron a percibir un verdadero concierto de aullidos. ¿Qué sucedía? Era el perro del poeta, fiel como el esclavo, pero más inteligente, que al darse cuenta del olvido, había creído conveniente quedarse de guardián junto al saco, hasta que volviera su dueño, como tenía por descontado que había de hacerlo cuando advirtiera el olvido del siervo desmemoriado.

FABULILLAS EN PROSA

El burro y el arriero

Cuando llegaron al poblacho, situado en lo alto de un montículo, el arriero se apeó de la albarda, entró en la posada y dijo al posadero, mientras se dejaba caer derrengado sobre un poyo.

—Echame de beber, porque no puedo más. ¡He tirado cinco horas bajo este sol de justicia, y por esa senda de cabras! ¡No estoy para pensar en regresar hoy!

—La verdad—dijo el posadero—que las cuestas arriba son terribles. ¡Comprendo que estés tronzado!

—¡"Talmente" como si me hubieran pegado una paliza...!

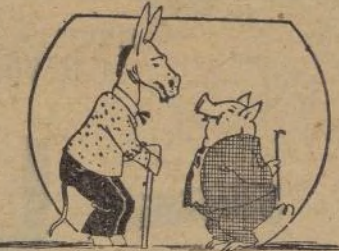
El burro, que desde fuera,

atado a una reja, estaba oyendo la conversación, murmuró calladamente:

—¡Pobre amo mío!—y ponía en sus ojillos una sonrisa de dolorosa ironía.

El asno y el puerco

El asno se quejaba de su amo, porque le daba poca comida, le hacía trabajar hasta que no podía más y lo baldaba a palos. Lo oyó un puerco, y le dijo: —Escúchame; yo soy razonable y doy a cada uno lo suyo.



Si el amo te trata mal, sus razones tendrá para ello. Apuesto a que tú le haces alguna trastada; o eres demasiado exigente, o inquieto, o vago, o iracundo, o alguna cosa por el estilo. Algo tendrá contra ti cuando así te trata, y perdona que te lo diga. En cambio, conmigo, como puedes ver, es la amabilidad en persona. Mi gamella está siempre abastecida: no me impone ninguna fatiga; a menudo me pasa la mano por el lomo cariñosamente, y su mayor satisfacción es ver cómo engordo...

—Por San Martín me lo dirás—replicó el asno.

UNA BROMA PESADA



Felipe iba a llevar una caja de galletas por encargo de su amo, y en el camino se le ocurrió que bien podía divertirse a costa de los transeúntes. Olvidándose de su encargo, Fel-



pe se dispuso a poner en práctica su plan, que era sencillamente, como podéis apreciar por los grabados, el que se rompiesen la crisma cuantos



por allí pasaban. No tardó un individuo en circular por aquellos alrededores, y el pobrecito cayó en la trampa con gran contento de Felipe. Pero no du-



ró mucho esta alegría, pues el caído, que era muy grueso, no cabía por la alcantarilla, y en aquella posición pronto dio fin de las galletas.

EL SOMBRERO DEL SEÑOR Y EL PRESTIDIGITADOR



Don Tremendo se acababa de comprar un sombrero nuevo que era un poema. De color verde, con cinta azul, había causado sensación en la ciudad, pues más que sombrero parecía el anuncio de un circo ambulante. Don Tremendo es-



taba contentísimo con su sombrero, cuando quiso la fatalidad que una ráfaga de viento se lo arrebataste, y menos mal que fué a parar a manos de un prestidigitador que por allí pasaba, el cual se lo ofreció muy atento a su dueño. Pe-



ro don Tremendo, sin agradecer el favor, dijo orgullosamente: "Tratad bien este sombrero, porque no sabéis lo que pienso sacar de él." Y el prestidigitador repuso muy enfadado: "Ya veis, ya veis lo que vais a sacar del sombrero."

POR UNA SIMPLE CUESTION SE GANÓ EL PERRO UN JAMÓN



Marchan los dos distraídos cumpliendo su obligación y el perrito, sin cumplidos, escarba con gran tesón.



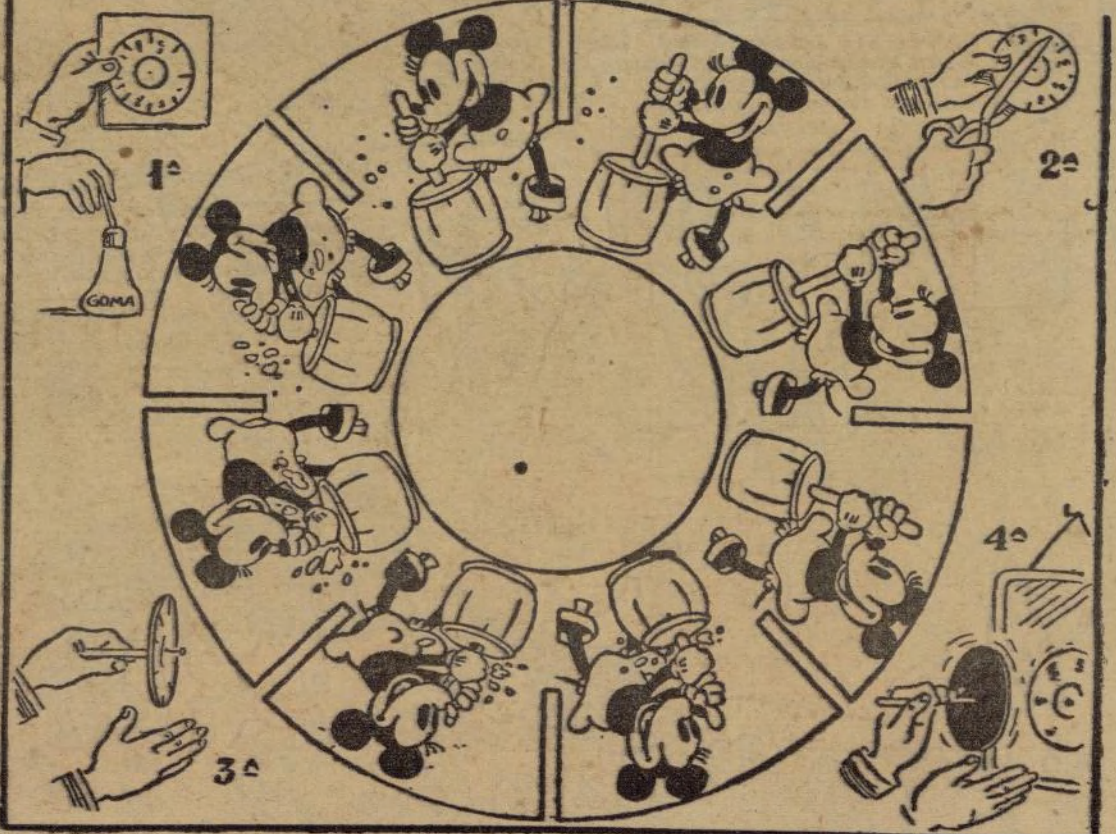
Sobre la pieza se lanzan ambos con igual afán, y va el jamón en la danza a dar cerquita del can.



El perrito desentierro de la arena una peseta, y el son de un grito de guerra retumba por la meseta.



Y resulta la moneda falsa cual la discusión; y el recadero se queda sin cuartos y sin jamón.



EL REMEDIO CUENTO

Por ESTHER MILLAN



En el país de la Alegría reinaba la hermosa y soberana Turquesa. Era rubia, como lo son casi todas las princesitas de los cuentos, y delicada como una flor. Sus ojos eran azules como las "no me olvides", su piel tenía la blancura y suavidad del nardo y sus labios parecían pétalos de amapola.

Vivía en un palacio de mármol y cristal, y sus súbditos la querían tanto, tanto, que por darle gusto hubieran sido capaces de todos los sacrificios imaginables.

A pesar de esto, la reina no era feliz. Desde hacía algún tiempo todo le era indiferente: sus riquezas, el cariño de su pueblo, todo. Nada lograba distraerla, y cada día se la veía más pálida y más triste.

Se hizo llamar a los mejores médicos y sabios del reino, y ninguno supo adivinar su dolencia, ya que la tristeza era desconocida en aquel delicioso país, en el que todos, menos la soberana, estaban contentos con su suerte.



Al fin un día llegó al palacio un extranjero. No era médico ni sabio, sino un pobre aventurero, a quien la casualidad había llevado allí, y que, atraído por las grandes recompensas ofrecidas, quería ver si él era más afortunado que los que hasta entonces habían intentado en vano devolver la salud a la reina.

—Señora—le dijo cuando estuvo en su presencia—, voy a tratar de adivinar cuál es vuestro mal; mas para ello debéis contestar a mis preguntas. Decidme: ¿Tenéis familia?

—No—respondió Turquesa—; vivo sola con mis servidores.

El extranjero, después de hacerle algunas preguntas más, le dijo:

—Vuestra enfermedad se llama tristeza.

—¡Tristeza! ¿Qué extraño nombre! Díme: ¿Conoces el remedio contra este mal?

—Señora, sanaréis si seguís el consejo que en lugar de receta voy a daros.

—¡Oh! ¡Habla, habla!, que yo sabré premiarte como mereces.

—Este palacio es demasiado grande pa-

ra vos sola. La causa de vuestro mal es el aburrimiento. Debéis casaros; mas es preciso que sepáis escoger el marido que os conviene.

—¿Qué he de hacer para no equivocarme?

—Debéis casaros con el primer hombre que se atreva a contradeciros por tres veces.

Días después, la reina ofreció un banquete a todos sus pretendientes. Eran éstos los reyes y príncipes más poderosos y hermosos de la tierra.

Durante la comida alguien habló de la blancura de la nieve. Entonces la reina, queriendo hacer la primera prueba, les dijo:

—La nieve no es blanca, sino gris. Nadie se atrevió a contradecirla.

Momentos después, como se hablara del canto del ruiseñor, la reina dijo que ella prefería el del cuco.



Por segunda vez todos le dieron la razón.

—¡Oh, sí! No había duda de que era mucho más lindo el del cuco.

Así las cosas, llegaron a los postres. Por mandato de la reina se habían puesto en la mesa unos cestitos llenos de nueces, que contrastaban con los valiosos fruteros de oro, en los que se veían los mejores melocotones del reino. Como era natural, todos los invitados se decidieron por los melocotones; mas la reina, cogiendo una nuez, dijo:

—No me negaréis que la nuez es mucho más sabrosa que el melocotón.

No bien lo hubo dicho, todos los invitados dejaron los melocotones y cogieron nueces.

La reina, convencida de que entre todos aquellos reyes y príncipes no se hallaba el que debía ser su marido, fué rechazándolos uno a uno, cuidando de no decirles el motivo.

Pasaba el tiempo y Turquesa seguía cada vez más pálida y más triste. Si las cosas seguían así acabaría por morir de melancolía; pues si difícil había sido encontrar quien adivinara su mal, más difícil resultaba aún hallar el remedio.

Mas sucedió que un día, al regresar la reina de un viaje, se rompió una rueda de su carroza. Estaban en medio del campo, y mientras un lacayo iba al pueblo cercano en busca de un obrero que reparara la rueda, la reina, para distraerse, fué a pasear por un bosquecillo cercano. Durante más de una hora estuvo andando, sin darse cuenta de que se alejaba demasiado; y cuando quiso volver se encontró con que se había perdido. Se dirigió por un sendero, pensando que tal vez por allí llegaría adonde estaba su carroza; mas pronto comprendió que se había equivocado, y aquel camino parecía interminable. Turquesa estaba cansadísima y además, cosa extraña, sentía un gran apetito.

(Continuará.)

LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



Con creciente indignación leyeron los aventureros el desafío del miserable Wu-Chum, y horrorizados contemplaron los destrozos que en el rancho habían causado las hordas de forajidos. Blake dispuso que hicieran un reconocimiento entre las ruinas, y no tardaron en encontrar a un vaquero, que levemente herido se había refugiado tras unas vi-



gas humeantes. Nuestros amigos hicieron reaccionar al herido, y una vez que éste se repuso, contó la forma en que los bandoleros habían asaltado el rancho, llevándose prisioneros a los dueños de la estancia y padres de Rafa.

En el suelo se veían los rastros de la tropa de forajidos, y el vaquero, que había salido por los alrededores, no tardó



en recoger varios caballos de los que andaban sueltos a la desbandada, y nuestros amigos, sin concederse un minuto de reposo, cabalgaron en los nobles brutos, siguiendo la pista de los ladrones. A ratos el terreno se hacía pizarroso, pero esto no era obstáculo para la mirada sagaz del vaquero, que seguía el rastro sin dar señales de duda. Acamparon ya de noche cerrada en un valle, y



al día siguiente continuaron la cacería, siempre tras la pista de los asesinos. A mediodía el guía detuvo su cabalgadura, señalando a lo lejos unas águilas que se cernían volando sobre unas montañas:

—En el valle que forman los dos montes—dijo el vaquero—tienen que estar acampados nuestros enemigos. La presencia de los aguiluchos me lo dice.



Seguros de que aquel hijo de la pradera no se equivocaba, Blake le ordenó que les dejara solos, y el vaquero, dando media vuelta, se alejó a todo galope de su caballo, en busca de refuerzos al pueblo cercano. Pero nuestros amigos decidieron que no podían esperar la llegada de los refuerzos, y que era preciso intentar el rescate por sí solos, pues cada



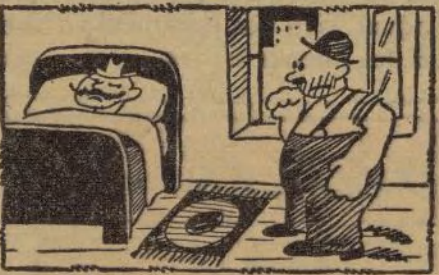
minuto que transcurría era un peligro de muerte para los padres de Rafa, que no podrían esperar piedad de manos de sus verdugos.

Dejando al pequeño al cuidado de los caballos, en compañía de Boston, el detective y Polo, iniciaron el aproximamiento al campamento de los bandoleros.

(Continuará.)



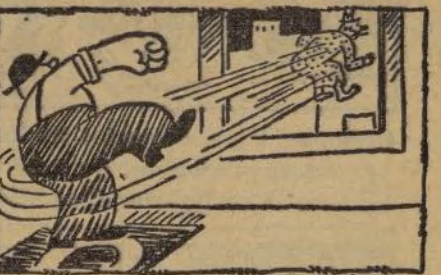
Historia de un sucedido a causa de un parecido.



En la cama de Anacleto se duerme el buen Aniceto.



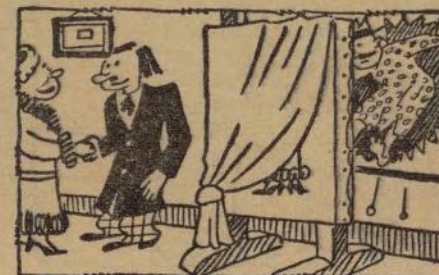
A Anacleto esto le escama; saca al otro de la cama.



Y de un puntapié certero lo lanza al aire, ligero.



Raudo como una centella en una luna se estrella.



Y entra lo mismo que un rayo en el estudio de Cayo.



En el lienzo con presteza "Ani" cuela la cabeza.



Y quedó deshecho el trato al descubrirse el retrato.

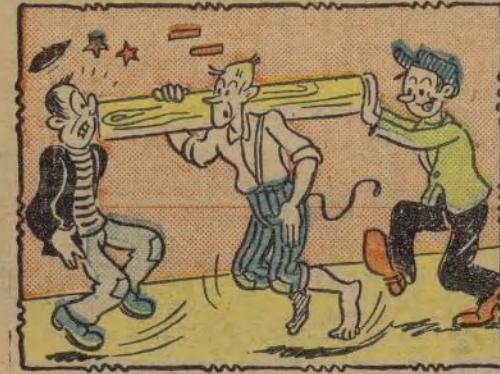
CASCARILLA ES UNA ARDILLA



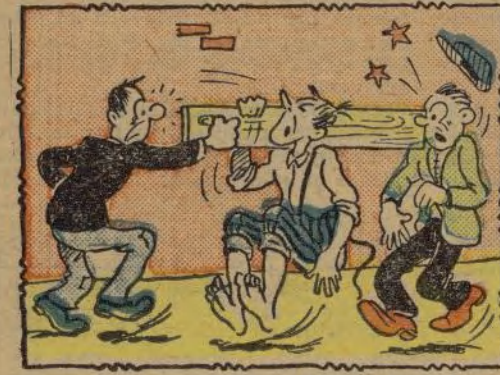
Cascarilla había encontrado un nuevo empleo, el de carpintero, y estaba muy contento porque le senta-



ban muy bien los aires de la sierra y engordaba que daba gloria verle. Pero el "Va" y el "Voy", reconoci-

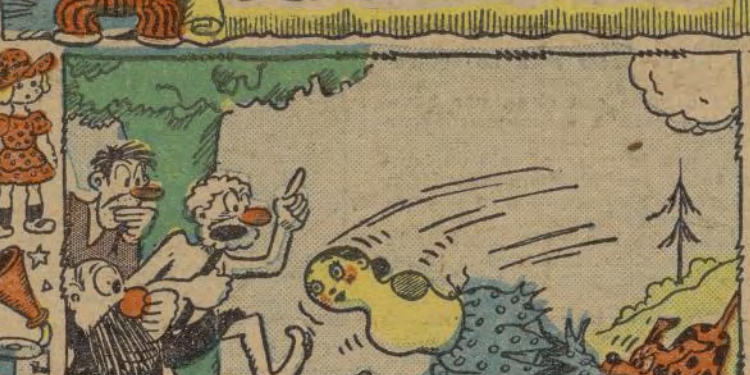


dos golfillos, de malísimas intenciones, pensaron reírse un rato a costa del novel "as" del serrucho, y le de-



tuvieron. Pero como los malos siempre salen perdiendo, ya veis de qué manera se castigaron ellos mismos.

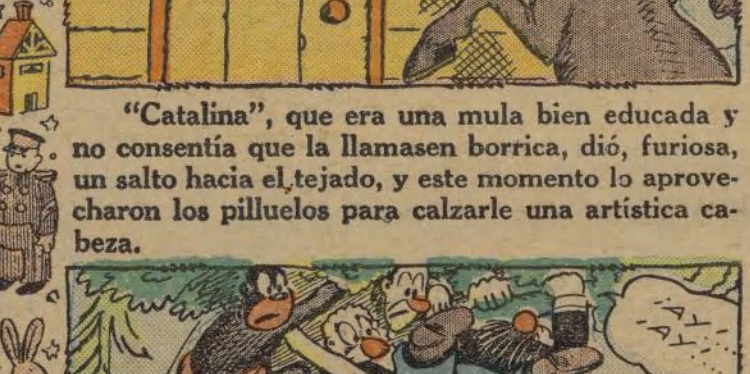
HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



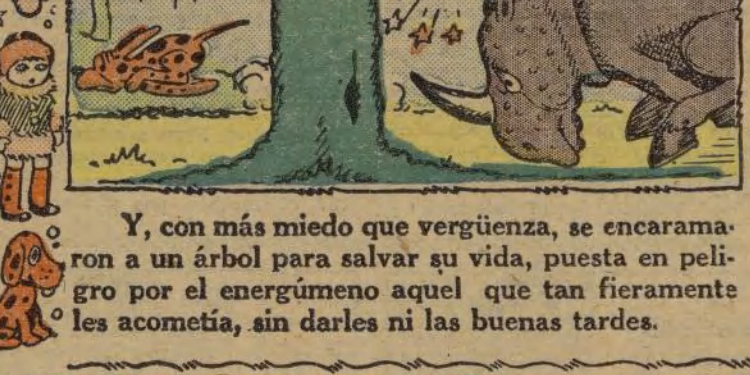
El perrito siguió agarrado a las faldas de la mujer misteriosa, mientras Terre-Moto y compañeros no sabían cómo explicarse aquella maravillosa aparición de la mujer sin brazos.



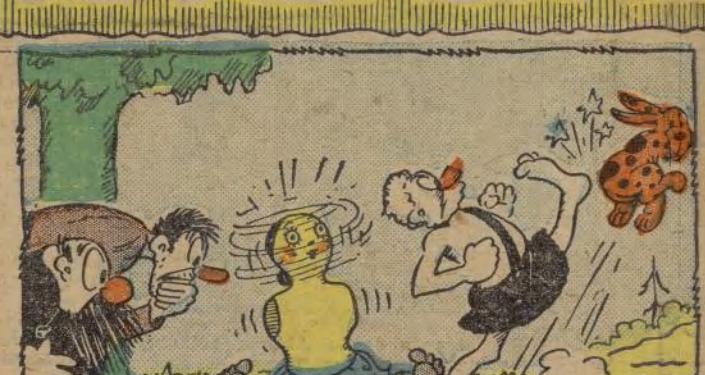
"Catalina", que era una mula bien educada y no consentía que la llamasen borrica, dió, furiosa, un salto hacia el tejado, y este momento lo aprovecharon los pilluelos para calzarle una artística cabeza.



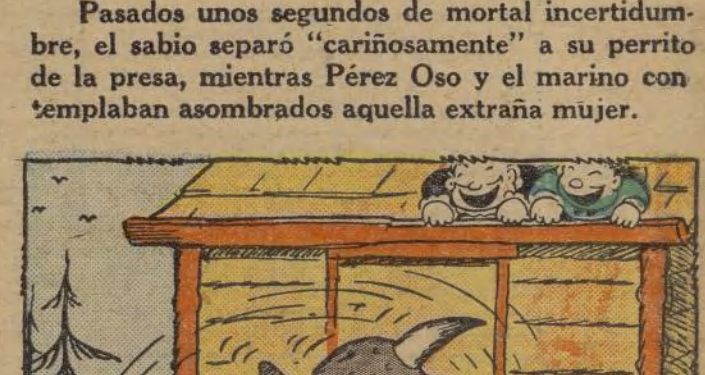
Y, con más miedo que vergüenza, se encaramaron a un árbol para salvar su vida, puesta en peligro por el energúmeno aquel que tan fieramente los acometía, sin darles ni las buenas tardes.



Pasados unos segundos de mortal incertidumbre, el sabio separó "cariñosamente" a su perrito de la presa, mientras Pérez Oso y el marino con templaban asombrados aquella extraña mujer.



Pero, por fin, Pérez Oso, que era el menos bruto de los tres, se decidió a agarrarla por las piernas, y a los ojos de los tres compañeros apareció la figura de Tizón, que estaba hecho polvo.



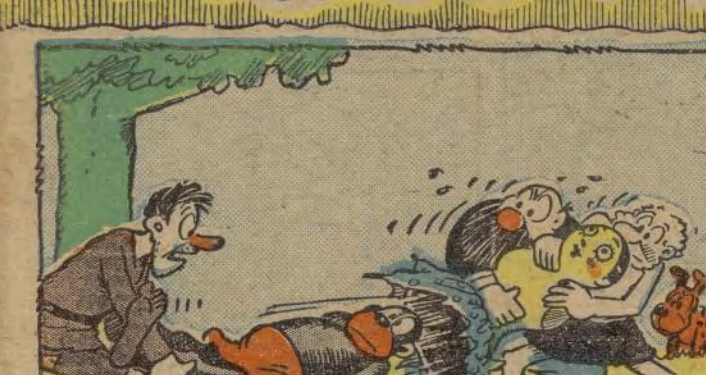
Mamá Tecla, muy asombrada, salió a la puerta de su cabaña y vió, con espanto, a "Catalina", a la que tomó por un monstruo de especie desconocida y misteriosa que había llegado para destruir la isla.



A "Catalina" aquello le sentó igual que si le hubiera picado un moscardón en la barriga, y comenzó a revolcarse desesperadamente, tratando de quitarse aquella espantosa máscara.



"Catalina" incrustó el cuerno en el tronco del árbol, atizándose al mismo tiempo un morrón tan morrocotudo, que le hizo ver las estrellas y varias constelaciones más que nos llamamos.



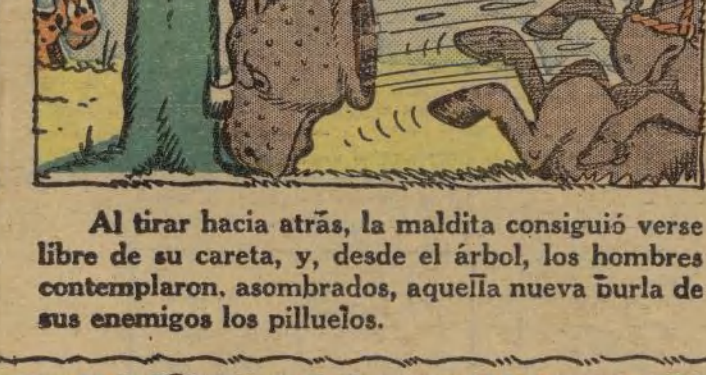
Mientras tanto, Tarugo y Perdigón proseguían subidos en lo alto de la cabaña, dispuestos a seguir adelante su plan, para lo cual se dedicaban a provocar a "Catalina", dedicándole los insultos más finos de su repertorio.



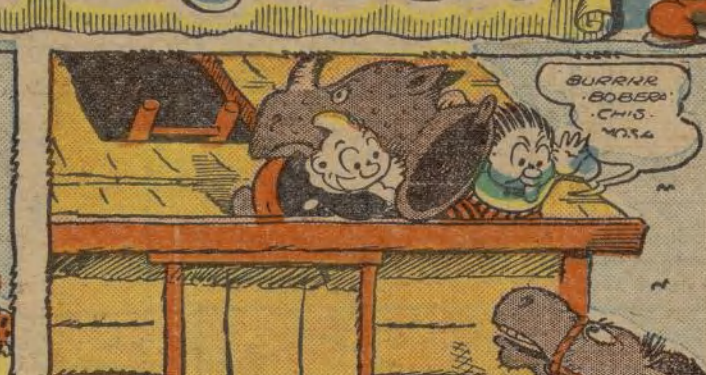
"Catalina" siguió su camino y llegó hasta el sitio en que se encontraba su amo y su amigo, los cuales se llevaron un susto de mil diablos al ver aparecer aquella fiera corrupta.



Y, montados en "Catalina", se dedicaron a recorrer todos los sitios estratégicos de la isla, dispuestos a encontrar a Tarugo y Perdigón y darles un ejemplar y contundente castigo.



¿Qué pasaría? (Continuará)



Repollo se había gastado ya cuanto ganara en el teatro como actor, y estaba sin una "gorda", cuando vió el



anuncio de un concurso de perros negros. Como la necesidad aguza el ingenio, y más negras que los perros las



estaba pasando él, se valió de un hueso de pollo y de un bote de pintura negra para disfrazar a los perros del ba-

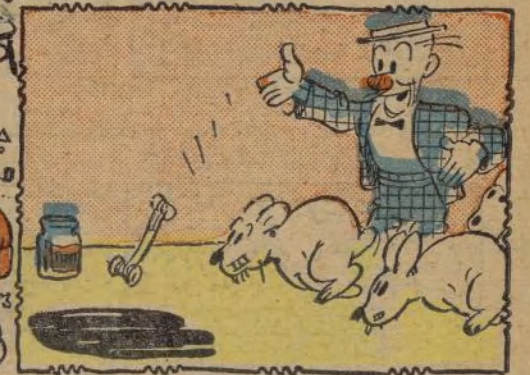


rrío y presentarse con ellos al concurso, donde ganaría el premio. Porque si no iba a coger una "perra".

REPOLLO CARA DE BOLLO



TEO DORO DEL GADO



COMPRE SIN RIVAL COLA MARCA CEMENTO ARMADO!



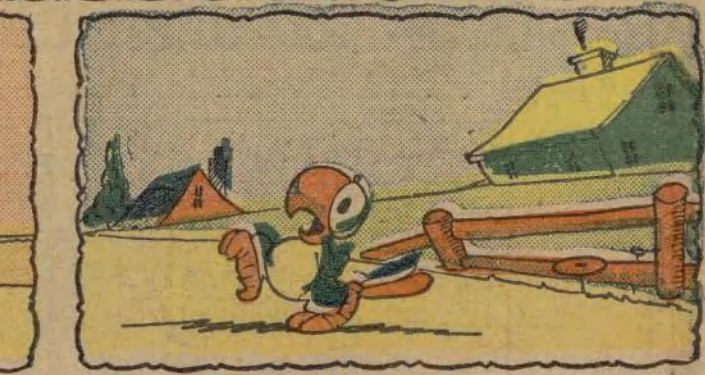
Y oyó una voz a su espalda que decía: "¿Que qué hará usted? ¡Compre un frasco de la sin rival cola marca Cemento armado!"



Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Don Fielato estaba más contento que un comerciante en día de fiesta, pues desde que Laura se había hecho anuncio viviente, de todas par-



tes la reclamaban, a peso de oro, para vocear sus establecimientos, convencidos de que la co- torra era el mayor "reclame".



Laura, incansable, proseguía por todos los sitios anunciando los productos que le encomen- daban.



A todo esto, doña Tula lloraba desesperada porque su esposo quería marcharse de viaie al extranjero.



¡Ay, por Dios, no te vayas! ¡No te vayas al extranjero! ¿Qué haré para que no te vayas, Dios mío, qué haré?

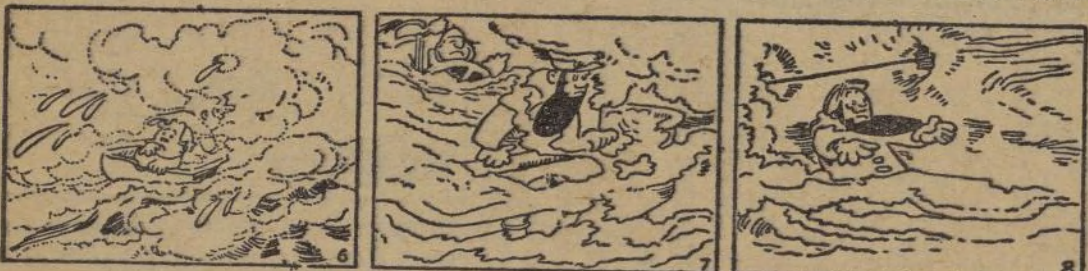
DON PONCIANO Y SUS SOBRINOS



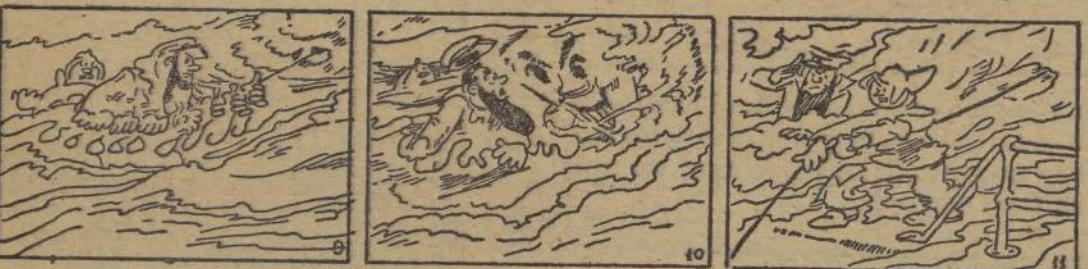
Como llegaba el invierno, don Ponciano se dedicó a leer a sus sobrinos libros de aventuras y viajes maravillosos. El veneno de los viajes se apoderó de los sobrinos, los cuales decidieron partir ellos también hacia aquellos países de ensueño. A tal efecto se construyeron, valiéndose de una



gran cometa, una estupenda canoa "cometomóvil", con la cual se embarcaron y emprendieron la marcha a gran velocidad. Se levantó una gran niebla a poco y nuestros aventureros comenzaron a navegar a ciegas; tan espesa era la neblina aquella. Un lobo de mar, el capitán "Araña", se vió



también cogido por la niebla, y acertó a pasar ante sus narices el cable de la cometa. El capitán "Araña", muy extrañado, comenzó a tirar del cable, y a poco se dió de narices con un pavoroso



mascarón, que no era otro que la cometa de los sobrinos de don Ponciano. Dada la voz de alarma en el barco, los marineros comenzaron a tirar del cable, y poco después los chiquillos estaban a bor-



do del barco del capitán "Araña", que resultó ser íntimo amigo del capitán, y éste les castigó a baldear el barco, en espera de llegar a tierra. ¡Pero no sabía las terribles aventuras que les esperaban!



TEATRO BENAVENTE
HOY JUEVES
A LAS SEIS Y MEDIA
ESTRENO

**CON TERESA Y DON SEVERO
TARRETE ES AVENTURERO**

CUENTO INFANTIL ESCENIFICADO, EN DOS
ACTOS DIVIDIDOS EN NUEVE CUADROS,
ORIGINAL DE MANUEL G. BENGIOA



Tres personajes de vuestro JEROMIN, Teresa, Tarrete y don Severo, saltan del papel a la vida, y toman cuerpo sobre las tablas de un escenario. "CON TERESA Y DON SEVERO TARRETE ES AVENTURERO" maravillosamente interpretado por los insignes artistas, gloria de la escena española, Milagros Leal, José Isbert y Miguel Pozanco, secundados admirablemente por la magnífica compañía del teatro

BENAVENTE, dan vida a los personajes creados por JEROMIN, que han de hacer, sin duda, las delicias de chicos y grandes. TODOS LOS JUEVES, A LAS SEIS Y MEDIA. DOMINGOS, A LAS CUATRO Y MEDIA. Teatro Benavente. Plaza de Bilbao, 3. Teléfono 21.864.

Mande reservar sus localidades

AMENIDADES

Anichi S. de Rivera nos envía esta preciosa palomita, palomita blanca, mensajera de paz, tan magistralmente dibu-



jada por nuestra queridísima y admirada colaboradora, que por cierto ya nos tiene abandonados.



El preso nuevo.—¿Sería usted tan amable que me indicara la salida para casos de alarma?

¡Qué barbaridad y qué cosa tan bonita nos remite el jerominista de 10 años y madrileño,



Miguel Angel Puech! Es tan grande la admiración que nos ha producido, que sólo sabemos felicitar a este formidable dibujante.



¡Anda!, ya decía yo que "me se" había "olvidao" algo; y es que me he "dejao" las ovejas en el pueblo.

Pepito Martínez Fernández Madrid



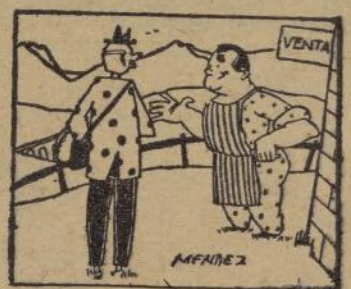
El poeta.—Quisiera ser mariposa para volar alto..., muy alto...

Pepito Martínez Fernández Madrid



Formidable la mole de piedra. Formidable el dibujo... To-

do formidable; como hecho por Julito San Miguel, que desde San Pedro Manrique nos ha remitido este encanto pictórico.



—Esta venta tiene unas vistas preciosas. Aquí vendrán muchos pintores y poetas a tomar apuntes, ¿no?

—Quí, no señor; mayormente lo que toman son copas de vino.

cilio Ramos, que desde Grana-La serenidad del Cristo, su magnífica grandeza, ha sido fielmente reflejada por el niño Ce-



da nos envía esta preciosidad de dibujo, por lo que no tenemos más remedio que felicitarle como se merece.

De todas las naciones europeas, Francia es la que cuenta con menos niños e Irlanda con más. Cada familia francesa consta por término medio de 3,3 personas, y cada familia irlandesa de 5,2.



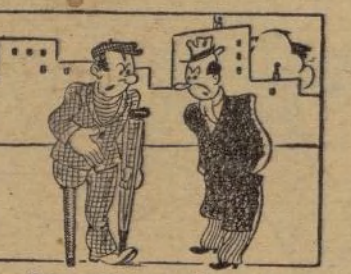
—Sí, señora. Este es el retrato de mi abuelo, que el pobrecillo era mudo.

—¡Cualquiera lo diría!; porque en el retrato está hablando.

El pollito acaba de romper el cascarón y se lanza por el mundo en busca de aventuras. ¡Qué malo es el pollito!, ¿verdad? Y



qué bien está pintadito. Como que lo ha hecho nuestro amigo Luis R. Yáñez, de 10 años de edad, y de Tineo (Asturias),

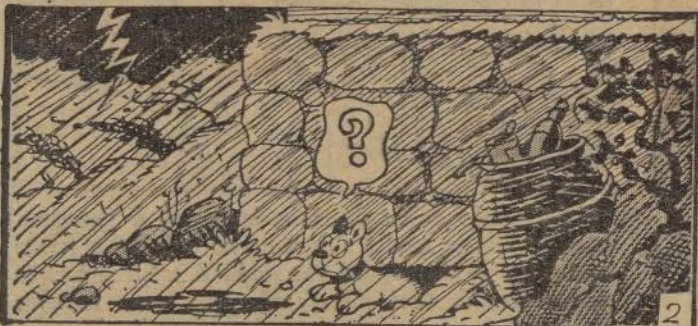


—Tan cierto es lo que te digo, que me dejaría cortar la pierna derecha...

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



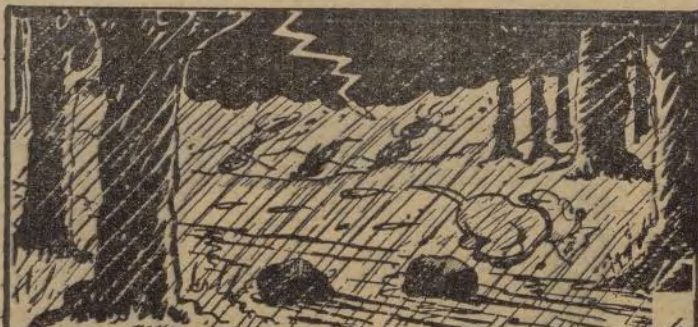
El feroz bandido, después de apoderarse de nuestros amigos y atarles concienzudamente, les dejó abandonados luego de encender la vela que haría explotar la máquina infernal.



El feroz bandido no contaba que Dinamita era también de la pandilla, y de esta manera la fiel perrita pudo escapar a las iras de aquella fiera, y, escarbando, salir al exterior.



Llovía y tronaba con espantoso estruendo; pero Dinamita, consciente del gravísimo peligro por que atravesaban sus amigos, inició una vertiginosa carrera sin arredrarse por nada.



El huracán bramaba con furia inusitada; mas la fiel perrita corría por montes y barrancos, en espera de encontrar a alguien que ayudase a su querido amo y al bestia del nene.



Rendida de cansancio, ahogada por la fatiga, Dinamita cayó sin fuerzas al borde del camino, y allí quedó sin ánimo para moverse y llorando lágrimas de amarga desesperación.



Y de pronto sus energías se reanimaron; una bocina le hizo incorporarse, y se plantó en medio de la carretera para detener a un coche que llegaba. ¿Podrían salvarse?

BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

Capítulo XVI El segundo embozado

Camino de Straubing, el Marqués de Latour hizo escala en Ingolstadt, donde aprovechó unas horas de descanso en una abadía para escribir algunas cartas a familiares y conocidos, y una particular a su buen criado Miguel.

Al siguiente día partió para Straubing, y tan absorto se hallaba, que ya apenas reparó en que a medio camino llegaba a galope tendido un jinete embozado en una capa azul, y que pegado luego al estribo del carruaje no se separaba de él. Algunas ráfagas de viento crudo levantaron la capa, y pudo entonces distinguirse la infame ca-

tadura del sujeto, y las dos pistolas que llevaba al cinto. Cuando, por fin, avistaron la ciudad, nuestro desconocido picó espuelas a su caballo y se adelantó al carruaje.

Poco después se detenía éste ante la hostería "La Cruz". El hostelero se había adelantado a recibir a sus huéspedes con una cortesía que nada dejaban que temer; pero el anciano proscrito tuvo razones más que sobradas para recelar cuando, al entrar en la amplia cocina, vió sentado junto al fuego al embozado de la capa azul. El Marqués subió a la habitación y allí preguntó al hostelero si conocía al sujeto que quedaba en la cocina.



—Desde hace veinte años, lo menos. Es un infeliz tratante en ganado, sordo como una pared, que suele llevar fuertes sumas de dinero y busca en sus viajes compañía para su seguridad. para entrar.

Cinco minutos después se presentó en la puerta el hombre de la capa azul, pidiendo permiso para entrar. El Marqués lo concedió de buen grado.

—Vaya si corren vuestros caballos—comenzó diciendo—. ¡Por poco me dejáis a medio camino! No me contestéis nada, porque soy completamente sordo. Me han encargado que, cuando os viera a solas os entregara esto—y extendió una carta.



El Marqués sintió por primera vez una sensación parecida al miedo. Su presentimiento no le engañaba. Era un escrito del Príncipe sectario en el que de nuevo le invitaba a afiliarse en su secta, repitiéndole que, haciéndolo, todo lo salvaba, y en caso contrario, todo lo perdía.

—Taigo orden de haceros firmar ese pliego. Y si os negáis...—añadió acariciando el mango de un enorme cuchillo.

El Marqués cogió la pluma y escribió: "Un caballero cristiano sabe morir por su fe."

—Entonces, leed esto otro—dijo el embozado. Lo que el Marqués se temía resultaba, desgraciadamente, verdad. Allí se le hacía saber que su



yerno estaba preso; que a sus hijos les seguía la Policía, y que todos ellos irían a la guillotina.

Aquel golpe acabó con las fuerzas del proscrito. Con un gesto indicó al emisario que se retirara, y ni le vió siquiera cuando aquél sacó el cuchillo hasta media hoja, y después de meterlo de nuevo se alejó con una especie de rugido.

—¡Todo lo comprendo ahora! ¡Me engañaban piadosamente! Ya no me queda sino morir. ¡Morir solo y abandonado! ¡Si tan siquiera estuviera a mi lado mi buen Miguel!

Oprimido por la angustia, no había sentido que una persona había penetrado en el aposento, hasta que se acercó a él y le tocó.

—Retírate, infeliz. Déjame morir en paz. ¡No manches tu conciencia con un crimen inútil!

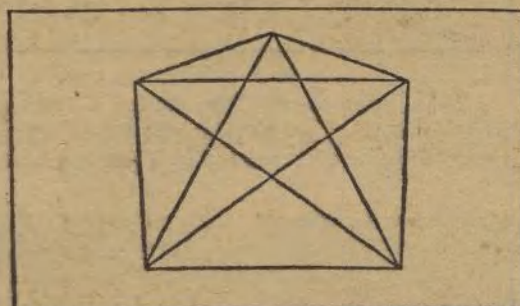
—¡Amo mío! ¡Si soy yo! ¡Soy Miguel!

—¡Vil hipócrita! ¡Aquí tienes mi pecho; rásgalo sin piedad! ¡Hiere, hiere!

Y el infeliz anciano, cayó exánime, víctima de su emoción.

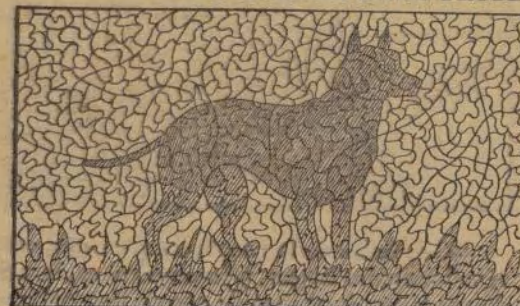
Horas después volvía en sí. Pero la muerte no abandonaba su presa. Asistido por un médico y por un religioso, y en brazos del buen Miguel al que había reconocido, dándole las gracias por su fidelidad, y perdonando a sus enemigos, el buen Marqués de Latour murió como un cristiano ejemplar, cual siempre había vivido. (Continuará.)

PASATIEMPOS

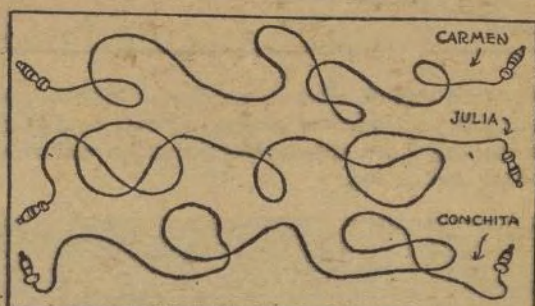


Se trata de dibujar esa figura sin levantar el lápiz del papel y sin pasar dos veces por el mismo sitio.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NÚMERO ANTERIOR



Ved qué bonito dibujo resultaba al rellenar los espacios marcados con un punto.

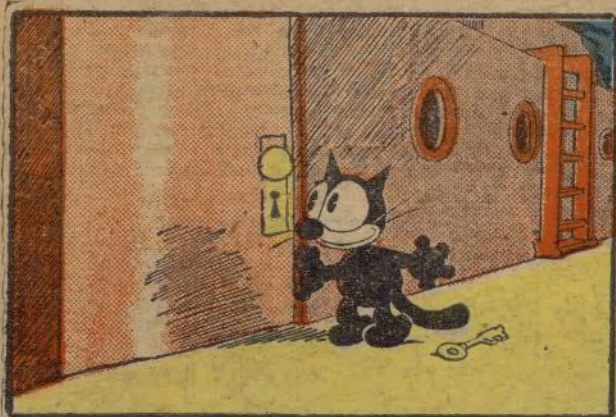


A ver si sois capaces de saber cuál de estas tres comas es la más corta y cuál la más larga: la de Carmen, la de Julia o la de Conchita.

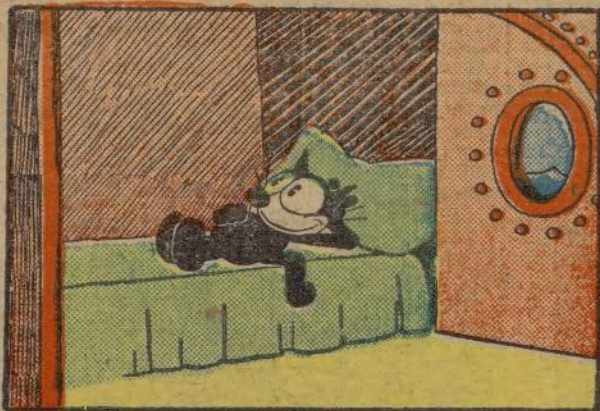


Ahora veréis claramente a las cuatro niñas, a las que está avisando este niño, y al toro

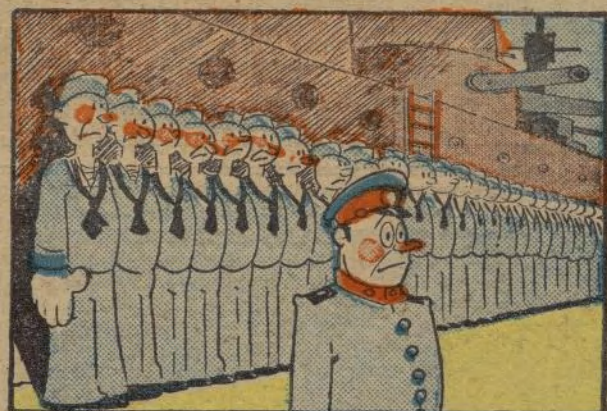
ANDANZAS DEL GATO FELIX



Félix, después de haberse comido la cena del almirante, se dirigió al camarote donde le había encerrado, comprobando que el jefe seguía bien encerradito dentro de su cuarto.



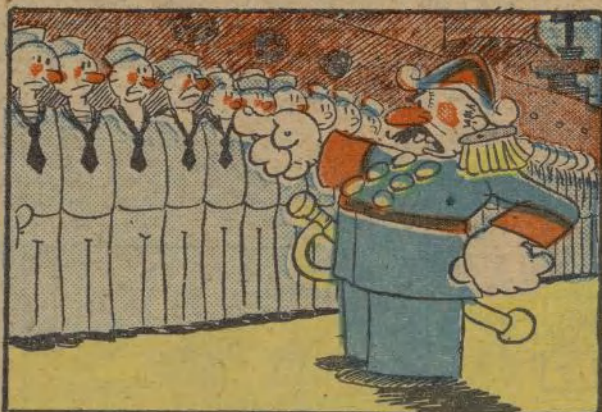
Y aprovechando que los marineros estaban en cubierta esperando la revista del almirante, él se tendió con toda tranquilidad en una litera, dispuesto a echar un sueñecito, y que allí se las dieran todas.



El capitán de los marineros comenzó a "ponerse mosca" viendo que el almirante no llegaba a pasar revista, y pensó que tal vez pudiera haberse puesto enfermo de repente, pues sabía que tenía lentes de cena.



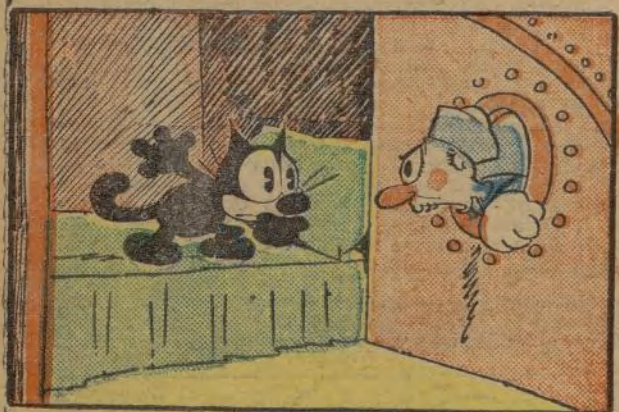
Con esta duda se encaminó al camarote del almirante, abrió, y el jefe salió echando bombas y venablos por la boca, hecho un energúmeno, contra el miserable que le había encerrado.



Y, subiendo a cubierta, arengó a las tropas, diciéndoles que, como no encontrasen el polizón que le había encerrado, perderían todos los marineros del buque un mes de sueldo y se quedarían sin postre.



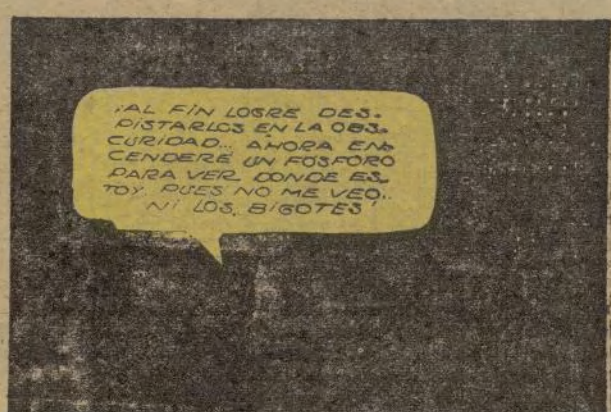
A los marineros aquello les hizo la misma gracia que si les hubieran dado una patada en las espinillas, y se pusieron de acuerdo para capturar al misterioso polizón del barco, costara lo que costara.



No tardó uno de ellos en ver asomar al gato por una escotilla y vislumbó al instante a Félix, no dudando de que aquél era el culpable, por culpa del cual iban a ser castigados.



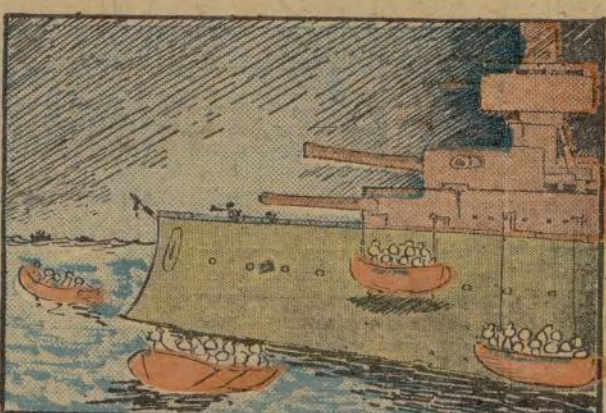
Félix, viéndose perdido, escapó a toda marcha, pero los marineros le acorralaron, persiguiéndole de tal manera, que le cortaron la huida por todas partes.



Nuestro gato, dando un salto, fué a caer en la bodega del buque, encontrándose rodeado de tinieblas por todos lados, y, una vez allí, respiró ya tranquilo, pues creyó haber despistado a sus perseguidores.



Creyendo hallarse seguro, encendió una cerilla para ver dónde estaba, y, a la luz del fósforo, vió unos sacos, en los que fué a ocultarse, sin darse cuenta que meterse en los sacos era meterse en la boca del lobo.



No se había dado cuenta de que se encontraba en el polvorín del buque, y los marineros, horrorizados, dieron la voz de alarma de que un loco había encendido una cerilla en el polvorín.



Toda la tripulación se embarcó en los botes de salvamento, esperando que el barco volase por los aires, y tan sólo Félix quedó sobre cubierta, no explicándose por qué huían los marineros. ¡Pobre Félix! ¿Volaría el gato?

(Continuará)